

MI HERMANDAD DE LA PLAZA

Carmen Rodríguez Tovar

PREGÓN

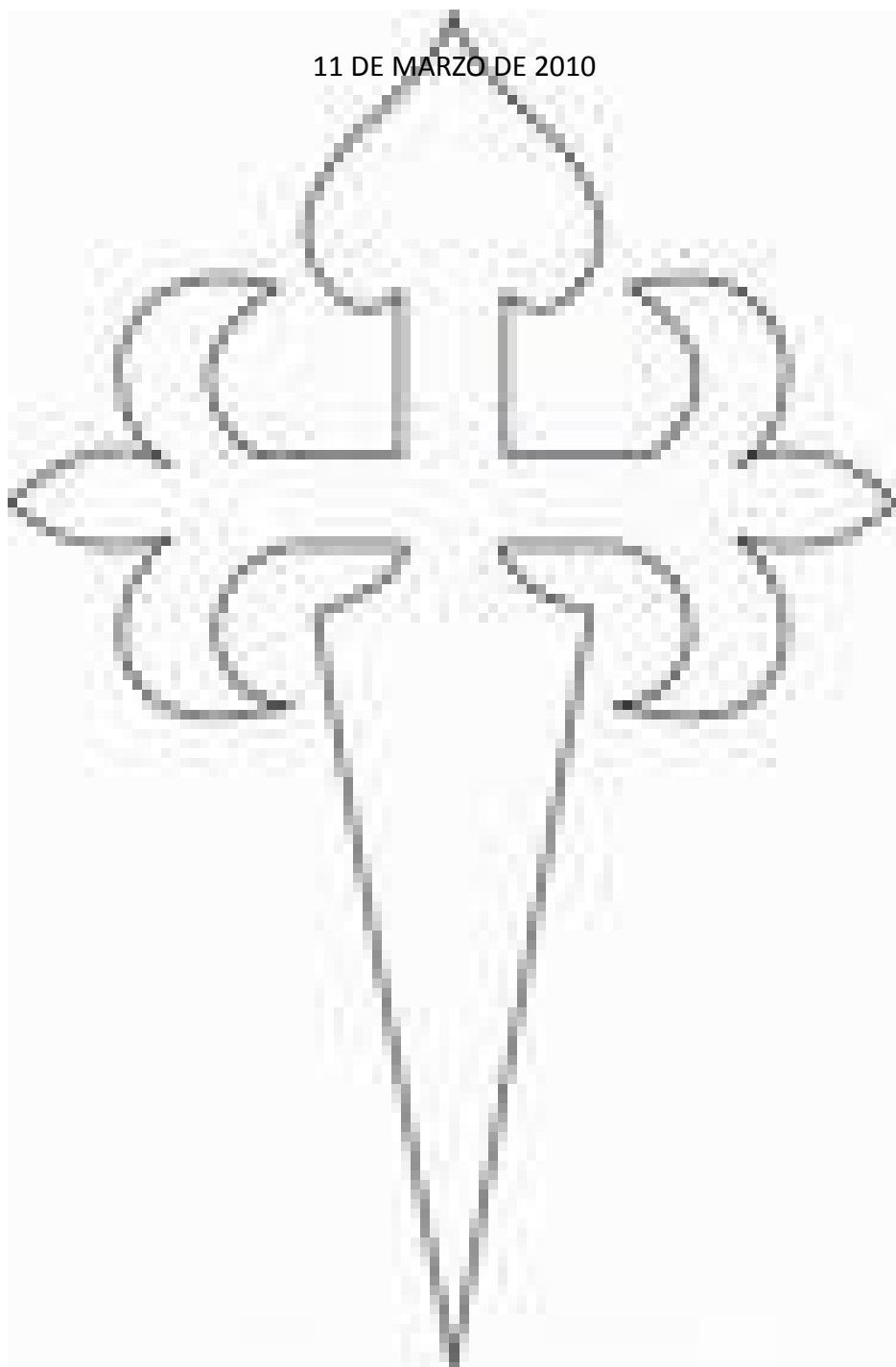
de la

Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental
de Santiago Apóstol y Cofradía de
Nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro
y
Nuestra Señora de la Soledad

CASTILLEJA DE LA CUESTA

Pregón de La Plaza 2010

11 DE MARZO DE 2010



PRESENTACIÓN

María de Valle Carreras Álvarez

Quisiera que mis primeras palabras fueran de sincero agradecimiento hacia Carmen Rodríguez Tovar, Carmencita, por haber pensado en mi persona como presentadora de su Pregón, algo que me llena de orgullo y satisfacción, por varios motivos. Uno de ellos es porque hoy, también, Carmencita, se cumple uno de mis sueños. No solamente he sido presentadora, durante varios años, de este pregón decano en Castilleja de la Cuesta, también he tenido el enorme privilegio de ser la primera mujer hermana pregonera de esta Hermandad, un auténtico honor. Tan sólo me faltaba ser la presentadora de un pregonero o pregonera, sueño que también se cumple esta noche gracias a ti.

Luego, existen otros motivos, estos más personales. Cuando Carmencita me propuso ser su presentadora en este día tan importante para ella, no pude negarme. ¿Cómo iba a decirte que no, "Niña"? Sí, Niña, porque Carmencita, como se la conoce en Castilleja de la Cuesta de la Cuesta, es para los vecinos y vecinas de la calle Convento "La Niña", y también para mi familia que siempre ha mantenido una estrecha y entrañable amistad que nació hace muchos años entre tus padres, Manuel y Carmen, y mis abuelos, Pepita la de Popó y Pepe el de Tomares, amistad que se ha prolongado hasta nuestros días. No puedo dejar de mencionar a mi tío Eduardo, que tanta ilusión y tantas ganas tenía porque llegara este día para escuchar tu pregón. Estoy segura, Carmencita, que esta noche nuestros ángeles se han puesto sus mejores galas y ya se encuentran sentados en la primera fila del balcón del cielo para ver cómo "La Niña", "Su Niña" pregona a los cuatro vientos el inmenso amor que siente hacia nuestra Hermandad de La Plaza, hacia la Virgen de la

Pregón de La Plaza 2010

Soledad y Nuestro Padre Jesús de los Remedios. ¡Qué orgullo tan grande deben sentir Carmencita!

Carmen Rodríguez Tovar nace el 15 de marzo del año 1949. Hija única de Manuel Rodríguez Sánchez y Carmen Tovar Oliver, pasa su infancia en la calle Convento. Desde sus primeros años de vida, Carmencita ha estado muy vinculada a nuestra Hermandad de La Plaza. Son muchos los recuerdos que le vienen a la memoria de esa época. De hecho, su padre murió, a la edad de 45 años, siendo Hermano Mayor de la Hermandad, cargo que ocupó durante 10 años. Siendo su padre Hermano Mayor, se mandó bordar el palio rojo de la Virgen de la Soledad, una auténtica joya de incalculable valor, envidia de muchas hermandades no sólo del Aljarafe sino también de Sevilla. Incluso, me cuentan que en su casa se llegaron a celebrar las primeras Comidas de Hermandad el día del Besamanos de la Virgen de la Soledad. Con 12 y 13 años, Carmencita sale durante la procesión del Viernes Santo, vestida de Fe, con un traje confeccionado por su madre, toda una obra de arte. También es hermana del Apostolado de la Oración desde que nació, y muy devota del Corazón de Jesús. Fiel colaboradora del Boletín de nuestra Hermandad, en el que ha publicado una gran cantidad de poesías, fruto de una de sus grandes aficiones: escribir. ¡Ha escrito tantas que ya incluso ha editado un libro! También me viene a la memoria su inconfundible voz en el rezo del Santo Rosario, algo impensable para ella debido a su timidez. Pero tienes buena escuela, la que te dejó tu madre a la que todos recordamos leyendo la Palabra de Dios. Además, destacar las exquisitas paellas que regala a la Hermandad en determinadas celebraciones (Velá, Feria, Cruz de Mayo, etc) toda una tradición. Lleva 37 años felizmente casada con Antonio Jiménez Díaz, es madre de cuatro hijos, dos varones, Manuel y Antonio (costaleros de la Hermandad) y dos hembras, M^a José y Mari Carmen, y abuela de dos nietos, Pablo y Carmen, sus dos grandes pasiones.

Y ¿qué destacar de Carmencita como persona? Una mujer generosa, siempre dispuesta a ayudar a los demás, servicial, con buen corazón, creyente, amiga de sus amigas, como se dice en nuestra tierra, buena gente. También destacaría su risa, esa risa contagiosa, incontrolable e inconfundible que inunda de alegría cada rincón donde está presente.

Carmencita, sin duda, esta noche escribirás con letras de oro uno de los más bellos capítulos del libro de tu vida. Nunca vas a poder olvidar la explosión de sensaciones, emociones, sentimientos y experiencias que, en los próximos minutos, va a recorrer cada poro de tu piel hasta alcanzar la misma gloria. Hoy Carmencita, vas a desnudar tu alma ante nosotros para pronunciar ese maravilloso pregón que lleva más de dos años escrito con la pluma de tu corazón. Fíjate, qué grande es nuestro Patrón Santiago, que ha querido que tu pregón sea leído en este 2010, Año Xacobeo. Hoy, vas a sentirte placeña más que nunca, y vas a agradecer a tus padres el que te hayan inculcado este infinito amor hacia nuestra Hermandad.

No quiero alargarte más la espera. Sé que estás deseando pregonar a los cuatro vientos tu pregón titulado "Mi Hermandad de La Plaza" aquí, en este marco incomparable, en la Parroquia de Santiago Apóstol, ante tus hermanos de La Plaza y ante tu familia (tu marido, tus hijos, tu nietos...) que están aquí para compartir contigo este día tan especial que esperabas con tanta ilusión.

Tan sólo me queda, si me lo permites, darte un consejo: disfruta al máximo este momento, abre tu corazón y déjate llevar por tus sentimientos. Carmencita, Niña, tuya es la palabra.

INTRODUCCIÓN

Hoy, es sin duda uno de los días más importantes de mi vida, algo que he acariciado durante mucho tiempo, pero impensable para mí, ponerme ante mi Virgen de la Soledad, y por unos momentos, tener el honor de convertirme en su pregonera ¡casi ná!. Para ello he tenido que librar una gran batalla con mi timidez, pero después de mucho pensar, ha podido más lo que siento por Ella desde niña, un gran amor que me inculcaron mis padres y que ha ido creciendo a lo largo de toda mi vida, hasta ser para mí algo prioritario, muy importante, tan importante como mi propia familia.

No sabría vivir sin mi devoción a mi Virgen de la Soledad, a mi Cristo de los Remedios y a mi Sagrado Corazón de Jesús, los tres grandes pilares de esta Parroquia. Mi vida estaría vacía, triste, sin ilusiones, perdida y sin rumbo, y me pregunto qué sería de mí, si cada semana no me acercara a este templo a visitarlos, a pedirles, a contarles mis problemas, mis alegrías y pesares, sería imposible vivir sin la satisfacción y la paz que me produce mirarles, rezarles y volver a casa henchida de un gozo que sólo ellos me transmiten.

Pero antes de seguir, me vais a permitir dedicarles a mis padres, lo primero que escribí hace muchos años, hurgando en mi corazón y sacando todo lo que durante toda mi vida he guardado y que ellos me enseñaron desde niña, y en especial a mi padre, que como Hermano Mayor, dedicó los últimos diez años de su vida a trabajar sin descanso por esta bendita Hermandad, en unos tiempos difíciles en los que no había medios materiales ni económicos, y a pesar de su débil salud, no escatimó esfuerzos para lograr sobre todo, que la unión entre todos los

hermanos fuera una realidad, cosa que consiguió, y que yo destacaría de él como lo más relevante de su mandato.

A él le dedico este sencillo pregón por su esfuerzo, su tesón, su sacrificio, su saber hacer, su ejemplo y sobre todo su amor a mi Virgen de la Soledad, a la que nombró ¡hasta el último suspiro de su vida! ¡va por ti, papá!

Siento yo en mi pecho un
gozo

que no puedo ni explicar,
cuando te miro a la cara,
¡Virgen de la Soledad!

Yo no sé si eres mi faro,
yo no sé si eres mi guía,
sólo sé que al
contemplarte

Mi alma llenas de alegría.

Todos mis antepasados
te rindieron pleitesía,
y todos a mí me
enseñaron
a quererte día a día.

Cuando te veo en la calle
llena de luz y esplendor,
siento un nudo en mi
garganta

que hasta me quiebra la
voz.

Bajo ese palio granate,
orgullo de mi Hermandad,
ese palio que mi padre
para ti mandó bordar,
y la muerte muy temprana
no le dejó terminar.

¡Qué orgullo siento, Dios
mío!

Se me inunda el corazón,
por ser hija de un hermano
que el palio a ti te empezó.

Tú te lo llevaste al cielo.
Tú sabrás por qué lo
hiciste,
sólo sé que me dejaste
un recuerdo irrepetible.

Pregón de La Plaza 2010

Él nos dejó en buenas
manos
las riendas de tu
Hermandad.
y entre todos ese palio
te pudimos terminar.

Él sembró la semilla
que fruto ha “dao” ya,
mis hijos son costaleros
con orgullo y voluntad.

¡Qué daría por ser
hombre!
para ponerme un “costá”,
y pasearte en mis
hombros,
¡Virgen de la Soledad!

Yo seguiré hasta la muerte
honrándote en mi
Hermandad,
y te diré hasta la muerte
¡viva mi Soledad!!

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Reverendísimo Señor Cura Párroco de esta villa, D. Baldomero Delgado Pérez, y su coadjutor Ildelfonso Milla Reyes

-Excelentísimo Sr. Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Castilleja de la Cuesta, Manuel Benítez Ortiz y representantes de la corporación Municipal de esta villa.

-Representantes de la Asociación Parroquial Nuestra Señora de los Ángeles, de la Barriada de Nueva Sevilla y otras Hermandades presentes.

-Representantes de nuestro querido grupo joven.

-Representantes de la banda de Cornetas y tambores de Nuestro Padre Jesús de los Remedios.

-Hermano Mayor y miembros de la junta de Gobierno de la Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol, y Cofradía de nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro, y nuestra Señora de la Soledad, agregada desde el año 2005 a la Archicofradía Universal del Apóstol Santiago, sede apostólica.

-Señoras y señores, cofrades, hermanos y hermanas, amigos todos en el corazón de Cristo.

En primer lugar, mi más sincero agradecimiento a Valle mi presentadora, por sus bellas y emotivas palabras, que me han llegado a lo más hondo de mi corazón, por aceptar mi petición encantada desde el primer momento, por su apoyo y ayuda que nunca olvidaré, gracias Valle de todo corazón.

Gracias a mi Hermandad por confiar en mí plenamente y por su ánimo y apoyo. Gracias a mi familia, amigas y amigos, a todos los que estáis aquí presentes esta noche para acompañarme en algo tan importante para mí,

a toda la gente de La Plaza en general, a los que están y a los que no están, gracias de todo corazón.

MI HERMANDAD DE LA PLAZA

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que desde el vientre de mi madre ya era yo de La Plaza, y saltaba de alegría cuando ella caminaba y se dirigía a este templo donde yo fui bautizada. Desde ese mismo momento me apuntaron de hermana, y siempre fue mi gran orgullo ser hermana de La Plaza, herencia de mis mayores que fueron placeños de casta.

A los ocho años tomé mi primera comunión en el sagrario, delante de mi Virgen de la Soledad, que siempre ha sido mi estrella y mi guía. Desde entonces y hasta el día de hoy, mi vida ha transcurrido siempre muy ligada a todo lo que se relacione con mi Hermandad. Es para mí de vital importancia asistir a todos los cultos, que en honor de nuestros sagrados titulares realiza mi Hermandad cada año; es un gozo y un gran honor participar y disfrutar de ellos en todo el esplendor y devoción que los caracteriza.

Aquí en este templo que yo considero mi casa, he vivido mis momentos más felices, como el día que me casé, bauticé a mis cuatro hijos, se casó mi hija y fueron bautizados mis dos nietos; así como los más amargos, despedirme de mis padres y de mis seres más queridos.

Mis vivencias cofrades comenzaron, como casi todos los aquí presentes, desde que tuve uso de razón de la mano de mis padres, y hasta la madurez en que hoy me encuentro, he vivido muchas experiencias con esta bendita Hermandad, todas ellas positivas y enriquecedoras para mi formación como católica porque en sus cultos he oído y oigo la palabra de Dios.

Cada año vivido es diferente a los demás, siempre hay algo nuevo y distinto. Al empezar la Cuaresma la primera llamada de atención que nos hace nuestra Hermandad, es el traslado de nuestra Madre de la Soledad al altar para el septenario en su honor, es para mí, quizás, el día que más me impresiona, por la sencillez y devoción y por estar tan cercana a nosotros.

¡Verte a ti, Madre mía! en ese corto paseo,
¡verte a ti, Soledad! donde mis ojos recreo,
y rezo, y lloro a la vez,
y me siento de La Plaza de la cabeza a los pies,
y quisiera tener fuerzas para llevarte en mis hombros
y decirte Madre mía, que me calas tan hondo,
que eres en esta vida ¡¡Tú mi mayor tesoro!!
Soledad del alma mía, Soledad de mis amores,
la que nos quitas las penas y alegras los corazones,
Soledad, la de La Plaza, orgullo de los placeños,
sentido de nuestras vidas y alivio del sufrimiento,
eres miel para la amargura, agua para el sediento,
luz para las tinieblas ¡y la alegría del placeño!
eres Tú la que nos guías y nos quitas las tristezas,
eres el faro de luz refulgente ¡que ilumina a Castilleja!

Comienza nuestro septenario con nuestra Madre de la Soledad en ese altar, que con tanto amor se prepara para Ella, para rendirle honores durante siete días, son cultos grandiosos y solemnes, donde nuestro fabuloso coro de cantoras le cantan tras muchos días de ensayo y preparación, esas preciosas coplas, entre ellas, yo destacaría el himno a nuestra Madre de la Soledad que todos tarareamos a la vez, como algo muy nuestro y que sentimos muy hondo.

Y por fin llega nuestro gran día, ese que esperamos ansiosos durante todo el año, ese en que Ella baja hasta el suelo, donde podemos

Pregón de La Plaza 2010

contemplarla más cerca que nunca, besar sus manos, y a duras penas conseguimos reprimir nuestros deseos de abrazarla como se abraza a una madre, lloramos, rezamos, la alabamos y nos recreamos en su incomparable belleza. Nos sentimos alegres, felices, y quisiéramos que no terminara nunca ese día.

¿Qué tienes Tú, Soledad?
¿qué tienes en esa cara?
que nos haces llorar
y llenas de gozo el alma.

¿Qué tienes Tú, Madre mía?,
que yo no sabría explicar,
que me faltan las palabras
para poder expresar,
lo que yo siento al mirarte
¡¡Virgen de la Soledad!!

Y me pregunto mil veces
¿cómo es posible?,
que alguien te pusiera Soledad,
si a Ti no te pega ese nombre,
si eres Tú la alegría de pequeños y mayores,
si Castilleja sin Ti sería un jardín sin flores,
¿qué haríamos los placeños?
Si no se pueden contar las veces
que al día decimos ¡Madre mía de la Soledad!

Después de este gran día para todos nosotros, llega otro muy importante que con gran acierto por nuestra Hermandad, ha ido ganando cada año,

hasta ser otro día grande, el besapiés de mi Cristo de los Remedios el domingo de Pasión, donde podemos adorarlo, besarlo, y tenerlo más cerca que nunca, cuando nuestros rezos parecen ser más directos y en contacto con Él, y tenemos la sensación de que nos escucha más todos nuestros problemas, alegrías, preocupaciones, y nuestras peticiones aumentan por la cercanía, como si quisiéramos que nada se nos olvide decirle, porque son los únicos días en todo el año, en que podemos tenerlo así.

Es que ese día sin duda aumenta más nuestra fe,
y tenemos todo el día para acercarnos a Él,
para tocarle las manos, para besarle los pies,
para decirle en silencio cuanto creemos en Él,
que la vida sin tenerlo no tiene razón de ser.

Padre mío de los Remedios, quédate en ese altar,
que quiero tenerte más cerca para poderte besar,
que quiero contarte mis penas, mis alegrías y pesares,
que eres Tú mi remedio, el que me curas los males,
el que alivia mi dolor cuando tengo alguna pena que aflige
mi corazón,

eres Tú Padre mío en quien puedo confiar,
el que nunca me falla cuando llego a tropezar,
el que me ayuda a levantarme cuando me vuelvo a caer,
el que siempre me escucha y me hace creer,
es algo que llena mi espíritu y que me hace feliz,
todo me sobra en la vida cuando estoy cerca de ti.
Padre mío de los Remedios que nunca pierda la fe
¡y no falte nunca ese día para besarte tus pies!.

Cuando todavía saboreamos el placer de vivirlo intensamente,
comienza el triduo en su honor, esa estampa única de nuestra Madre de

Pregón de La Plaza 2010

la Soledad con su hijo yacente a sus pies, es un caudal inagotable de sentimientos, de reflexión, de oración, de propósitos, de perdón, de reconciliación, de promesas que tal vez no hemos cumplido.

Esos tres días en que los hombres de mi Hermandad hacen guardia a mi Cristo de los Remedios, para mí es una gigantesca manifestación de fe que sobrecoge nuestros corazones, es un silencioso tributo pero a la vez grandioso, que honra y engrandece a todos los hermanos de nuestra Hermandad, a la que ellos representan, y yo me pregunto:

¡Dios mío! ¿Cómo es posible,
vivir apartado de la fe, sin acordarse de ti,
sin postrarse ante tus pies, sin ver tu divino rostro,
sin rezarte un Padre Nuestro,
si Tú estás vivo y presente aunque te veamos muerto?

Y llega ese Vía Crucis tan esperado que se ha convertido en el acto más devoto y emotivo de nuestra Hermandad. Nuestro Cristo de los Remedios recorre las calles de nuestro pueblo, rodeado de una multitud casi en silencio, sobre unos hombros que se suceden incansables para llevarle, aunque sea sólo unos pasos, manos fervorosas que se acercan a tocarle, oraciones y cantos en un recorrido que se nos hace corto, dejando en el aire el aroma del incienso y el eco de la oración. Lágrimas contenidas de enfermos y mayores que tienen el privilegio de verle pasar, y que le piden con fervor que les deje verlo un año más.

¡Padre mío de los Remedios!
concédeme muchos años la vista y entendimiento, para yo
verte pasar
cuando sea muy anciana y no pueda caminar.
¡Mi Jesús de los Remedios!
remedia mi enfermedad y ayúdame hasta el final,

para encontrarme contigo ¡por toda la eternidad!

Y llega nuestra Semana grande, que se hace más grande que nunca en la tarde del Viernes Santo, cuando a las ocho de la tarde, con la plaza a rebozar, se abren las puertas de nuestra Parroquia y empieza a salir mi Hermandad.

Es la hora, ¡silencio!,
va a salir mi Soledad
detrás de su Santo

Entierro,
que lleva entre ceras y
lirios

¡a mi Cristo de los
Remedios!

A Él le espera su banda
después de un largo
silencio,
esa banda que mi Cristo
¡Tanto echaba de menos!

Que lo siente como nadie
que le honra con su
nombre,
y que ha vuelto a resurgir
tocando con mil amores.

Va mi aplauso por ellos,
por su coraje y esfuerzo,
y ese amor demostrado

¡a su Cristo de los
Remedios!

Costaleros, despacito,
no lo vayáis a rozar,
que mi Cristo va dormido,
y sólo quiero escuchar,
el rastro de los pies
y la voz del capataz.

Pregón de La Plaza 2010

Costaleros de La Plaza
orgullo de mi Hermandad,
que ponéis el corazón
en todas las chicotás,
que tenéis el privilegio
de poderlo pasear.

Todo un año esperando
para vivir el sentimiento
de llevar en vuestros
hombros
¡al Cristo de los placeños!

Quisiera ser, padre mío,
portadora de tu cuerpo,
y sentir en mi interior
lo que siente el costalero
al cargar en su cerviz,
al mismo Rey de los
cielos,
que en La Plaza y mi
Hermandad
¡es Jesús de los
Remedios!

Los naranjos de la plaza abren su nuevo azahar,
y perfuman el ambiente porque Ella va a pasar,
y el aire huele a canela, por donde vallas pasando
y eres Tú, Soledad ¡la esencia del Viernes Santo!

Ya la veo venir ,¡Dios mío, que guapa está!
No me puedo contener me dan ganas de gritar,
cuando siento esos varales que a la puerta asoman ya,
me tiemblan las piernas, las manos y me cuesta respirar.

¿Qué tienes Tú, Soledad?
que al verte salir a la plaza sólo consigo llorar,
son lágrimas de alegría,
son lágrimas de pesar,
por tantos seres queridos que en la plaza ya no están.

Pero, yo sé que desde el cielo Tú les dejas contemplar,
esta plaza que Tú llenas sólo por verte pasar,
y me vuelvo a preguntar,
¿cómo es posible, Dios mío, que Tú te llames Soledad?
si nunca has estado sola, si tienes Tú el privilegio,
de llenar de alegría las calles de nuestro pueblo,
si por verte a ti salir acuden los forasteros,
los que no viven aquí y hace años que se fueron,
porque no pueden pasar sin ver tu cara morena,
sin ver tu palio granate,
y esa corona grandiosa que Tú llevas como nadie.

¡Y qué decir de ese manto!
que es lo mejor que Ella tiene,

herencia de unos hermanos,
que tantos sacrificios y sudores le costaron,
para que Tú lo lucieras, Madre mía,
¡la tarde del Viernes Santo!

Avanza la cofradía pasito a paso muy lento,
dejando vacía la plaza esperando su regreso,
y no sé decir Soledad por qué cada año que pasa
es para mí más grande verte salir a tu plaza,
no hay nada en este mundo, que a mí me llegue más dentro,
que ver a mi Soledad detrás de su hijo muerto.

Y quiero verte Soledad, en cada calle, en cada esquina,
¡Y siento envidia de esos flecos que adornan tus
bambalinas!,
para rezarte al mecerte, sobre varales prendida,
la mejor de las plegarias ¡Dios te salve madre mía!

Y quiero ver a mi Cristo recorrer la calle Enmedio,
abriendo paso dos filas de enlutados nazarenos,
detrás sus fieles devotos acompañando su cuerpo,
que van cumpliendo promesas con devoción y silencio.

En ese largo recorrido, quisiera poder dividirme,
medio yo con mi Cristo, y otro medio con mi Virgen,
porque quiero yo vivir esa noche paso a paso,
y empaparme hasta los huesos y recordar todo el año,
lo más grande de este mundo ¡la noche del Viernes Santo!
que a mí se me hace corta después de un año esperando,
sin saber si estaré viva ¡y podré verla otro año!.

Y si bella y grandiosa es la salida de nuestra cofradía, por esa multitud que acude cada año de pueblos cercanos incluso de la capital, la recogida es entrañable, familiar, donde nunca falta nadie de los que tienen que estar, a los que no nos importa el cansancio, el frío o la edad, aquéllos que seguimos de cerca las cosas de mi Hermandad, excepto los que están enfermos y ya no pueden caminar.

Muchas veces he dicho ¡Madre mía! No puedo más, hoy no te veré entrar, pero al pasar por mi puerta, no me obedecen mis pies,

y me llevan tras de ellos para verlos recoger,
y me pregunto a mí misma ¿cómo me voy a quedar?
Tendría yo que estar muerta para perderme cada año
ver a mi Soledad entrando por ese arco,
y hasta el último minuto... ¡Vivir cada Viernes Santo!

Recuerdo que desde niña me llevaban de la mano,
y suplicaba a mi madre que me subiera a sus brazos,
porque yo quería verla, verla entrar por su arco
donde ya se rompe el orden y da paso al entusiasmo,
a los piropos, a los vivas y a esos largos aplausos,
desbordando de alegría corazones soleanos,
y nos sentimos alegres, y nos sentimos hermanos,
y se refleja en la cara cómo estamos disfrutando.
Esa entrada en el arco al son de campanilleros
es delirio colectivo del hermano costalero,
cuando oye al capataz ¡vamos con Ella al cielo!

Ya mi Cristo está en la puerta y el silencio se hace grande,
como si todos quisieran callar para no despertarle,
y rezando un Padre Nuestro nos despedimos de Él,

¡Dios mío hasta el año que viene! Y que yo te vuelva a ver.
Dentro y ya en su sitio, los costaleros se abrazan, y lloran,
porque falta un año entero para vivir esa gloria,
de pasear por el pueblo con orgullo y devoción ¡a mi Cristo
de los Remedios!

Ya mi Virgen se acerca, es la última chicotá,
Dios mío qué pena, qué pena a mí me da,
que se acabe el Viernes Santo ¡Virgen de la Soledad!
Pero también qué alegría porque hemos disfrutado,
hemos vivido y gozado de verte en la calle otro año,
rodeada de tus hijos, los que se sienten hermanos,
de esta Hermandad de la Plaza que se rinde ante tu
encanto.

Entre lágrimas y aplausos vas entrando Tú de espaldas
y parece que sonrías porque ya estás en tu casa,
y porque un año más, has vuelto a llenar tu plaza,
un año más, has hecho brotar las lágrimas,
de los que tanto te quieren, de los que tanto te aman,
de los que por ti, Madre mía, ¡harían lo que hiciera falta!

Y llega el domingo, cuando mi Hermandad celebra la Resurrección como en ninguna otra parte del mundo. Apenas rompe el alba, las campanas de nuestra Parroquia nos llaman para celebrar la santa misa, prueba inequívoca de que nuestro Señor ha resucitado. Una misa flamenca que para mí es única, por el gran contenido de sentimientos y emociones, algo que sólo pueden sentir los placeños de pura raza, esas letras que han sido pensadas y escritas expresamente para nuestros sagrados titulares, y que a todos los que acudimos a ella y que de verdad se sienten de La Plaza, nos hacen llorar, porque nos acordamos de todos los seres queridos que no están ya con nosotros. Ese coro que con tanto

esmero buen gusto y salero nos deleita cada año con esos fandangos y sevillanas, consigue que broten las lágrimas sin poder evitarlo, culminando nuestra misa con la verdadera Resurrección, el paseo triunfal del Santísimo Sacramento bajo palio por la plaza, ese es un privilegio exclusivo de nuestra Hermandad.

Terminada la procesión, corremos presurosos a prepararnos para nuestra vuelta, se saquean los armarios para buscar, un chaleco, un pañuelo, una falda, algo que sea “colorao” como el color de La Plaza, como aquéllas sevillanas que tantas veces hemos “cantao”: el color de La Plaza es “colorao”, ¡bendito sea el color que Dios le ha “dao”!.

A las diez en punto nuestra carreta está lista para salir, y todos preparados para ir tras ella, en esa explosión de júbilo, de alegría, de emociones contenidas durante todo un año. Un sentimiento que parece estar dormido en muchas personas, ese día se despierta, y vuelven los que viven fuera para demostrar y sentir que siguen siendo de La Plaza, que no se les ha “olvidao” que ese día más que nunca su color es “colorao”. Nuestra vuelta es apoteósica con razón nos pusieron los chinos, porque no hay nada que arrastre más gente ni tenga más entusiasmo, que la carreta de La Plaza por donde vaya pasando. Yo no sé qué momento de mi vuelta elegiría, pero me quedaría con su paso por nuestra Casa Hermandad, con esa campana tocando ¡un sueño que ya es realidad! y ese cielo “colorao” de papelillos volando que dejan clara señal, que La Plaza va pasando. Y esa entrada en nuestra plaza, guitarras, cantes y vivas, vivas a mi Soledad que ese día si es posible, la queremos mucho más por ser Madre de los placeños ¡y la honrra de mi Hermandad!

A las ocho de la tarde de nuevo en la plaza estamos, para verla salir de gloria por su hijo resucitado.

**Ya tu cara no es la misma,
¡Madre de la Soledad!**

Ya vas triunfante y gloriosa,
ya tu hijo no está muerto y se nota en tu expresión,
como una leve sonrisa porque Él resucitó.

Y quedarán para siempre en la historia
aquellos fandangos de Huelva, que derrochando solera,
te cantaba como nadie nuestro hermano Luis Cabrera.

Y cómo puedo olvidarme de nuestro querido Chicorro,
poderío y maestría con su garganta de oro,
que aunque no pueda cantarte sigue estando con nosotros,
nadie tuvo como Tú los mejores saeteros
año tras año cantando ¡a la Soledad de sus sueños!

Es el broche final de nuestra Semana Santa, pasearte por
las calles y entrar gloriosa en tu plaza, con tus ráfagas de
gloria y llevando por bandera, los colores rojo y blanco ¡que
son los que a ti te pegan!

Y así culmina toda una semana con la que soñamos todo el año,
cansados, pero con la enorme satisfacción, de haber disfrutado de lo
nuestro, y también con la nostalgia y la esperanza de poder vivirlo al año
siguiente. Se produce un paréntesis hasta nuestro compromiso y nueva
cita con nuestra Hermandad, la fiesta de nuestro Patrón Santiago Apóstol,
al que honramos y veneramos celebrando un triduo en su honor, y
nuestra tradicional gran "velá", a Él le debemos el origen muy remoto de
nuestra Hermandad.

¡Que repiquen las campanas
de esta bendita torre!,
que llega el día del Patrón y hay que rendirle honores.

Que La Plaza se despierte y empiece la gran “velá”,
que no cesen los cohetes en toda la “madrugá”,
que es la fiesta más señera que celebra mi Hermandad,
la que llena nuestra plaza, de alegría, de colores,
de banderas roja y blanca que alegran los corazones.

¡Viva el Patrón de España!
Titular de mi Hermandad
y Patrón de Castilleja
¡por siglos de antigüedad!

Con nuestra “velá” hemos disfrutado años imborrables que quedarán grabados en nuestros corazones, pero detrás de ello, en todas las épocas y generaciones, hubo y hay un grupo de hermanos y hermanas, que merecen nuestra mayor consideración, y que yo no puedo dejar de mencionar y homenajear en nombre de todos y en el mío propio, por su trabajo encomiable y dedicación, que hacen que nuestra Hermandad siga creciendo. Sin ellos sería imposible disfrutar de nuestros cultos y actos con la brillantez que los caracteriza. Sin ellos nuestra “velá” no podría llevarse a cabo, y cómo olvidar a nuestro querido y valioso grupo joven, que ponen todo el entusiasmo y esfuerzo de que son capaces.

Yo les animo a todos ellos a que no se cansen, que no decaigan, que no hay orgullo más grande que trabajar por La Plaza. Sin duda nuestra Madre de la Soledad y nuestro Padre Jesús de los Remedios, les dará el premio que se merecen, por fomentar y esparcir esa semilla “colorá” para que sigan creciendo cada día más, las raíces y la sabia de nuestra Hermandad.

Yo destacaría de nuestra “velá” la noche del Rosario cuando a las cuatro de la mañana se abre nuestra parroquia, dando paso a esas filas de flamencas con faroles rojos y blancos, que alumbran la “madrugá”

resaltando así su encanto. En un silencio devoto y de admiración se oyen las voces de nuestro incomparable y único coro de campanilleros, todos o casi todos tenemos a alguien de nuestra familia que han sido o son miembros de ellos, algo que se ha ido sucediendo de generación en generación, sin alterar nunca el estilo ni las letras que constituyen uno de los grandes tesoros de nuestra Hermandad.

Y más que nunca brota en mí esa semilla “colorá” que llevo dentro, cuando los oigo cantar, y es que, corre por mis venas orgullo campanillero, porque gracias a mi abuelo, pudo escribir Farfán esa marcha tan grandiosa que ya todos conocemos, y que en su día fue copiada ¡de nuestros campanilleros! Y me estremezco de orgullo cuando los oigo cantar y nombrar a los hermanos que con nosotros no están, y seguirán cantando por los siglos de los siglos. Es una herencia grandiosa que pasa de padres a hijos, y es que sois campanilleros, lo mejor que hay en La Plaza, algo que hay que cuidar para que nunca se pierda, la esencia de mi Hermandad.

Campanilleros de La Plaza,
no dejéis nunca de serlo,
que tenéis el privilegio
de cantarle a los hermanos
¡a los vivos y a los muertos!

Y para terminar el año, nada que sea más bello que esperar la Navidad, algo por lo que desde niños nos sentimos fascinados, nuestras jornadas. Nueve días viviendo plenamente la llegada de nuestro Redentor, en ese incomparable marco que no se da en ninguna parte, al menos como el nuestro.

Cada día contemplamos extasiados a nuestra Madre de la Soledad: caminando, en el pozo, y...

¡cuando te veo de pastora con ese bello sombrero!,

no sé decir Madre mía ¡que es lo que siento por dentro!
Es como un repicar de clamores en silencio
y entiendo el porqué de esa frase que dice: ¡De La Plaza al
cielo!

Y el día de la candela cuando más cerca te veo,
yo no sabría con qué día de los vividos me quedo,
y ese coro de cantoras con sus gargantas selectas,
cantando los villancicos nuestros oídos deleitan.

¡Y por fin esa Nochebuena que esperamos con anhelo!,
para ver qué hay detrás de ese tupido velo,
es difícil contenerse al verte a ti, Soledad,
de rodillas ante ese niño que en tus brazos quiere estar
¡Qué grande es ser de La Plaza para poder contemplar,
ese portal tan divino la noche de Navidad!

Para mí la Navidad, es nacer en este pueblo,
ser además de La Plaza y oír los campanilleros,
ese día de Epifanía con esos tres Reyes Magos
y Tú sentada en el trono con tu niño entre las manos.
El que se ha ido de este mundo, y no ha visto nunca eso,
no sabe lo que es la gloria ni el preámbulo del cielo
¡no existe mejor regalo que verte a ti, Soledad!
¡ ofreciéndonos tus manos!

Hace ya algunos años, vi muy de cerca la muerte y pensé, Madre mía,
que ya no volvería a verte. En esos duros momentos yo me acordé de
mis padres, y a quién mejor que a ellos, podría yo preguntarles:

- Os ruego que me digáis qué hay después de la muerte, si es verdad que hay otra vida donde yo encuentre la paz, y pueda seguir amando y honrando a mi Soledad.

Mi madre me contestó:

- No llores, no desesperes, que aquí estoy con tu padre, y te puedo asegurar, que no se ha perdido nada de nuestra querida Hermandad. Aquí hay un gran balcón donde poderte asomar y ya sabes que tu madre, nunca te va a engañar. Podrás ver tus jornadas, y también la Nochebuena, podrás verla de Reina con el niño en su regazo, siendo en el día de Reyes ¡el mejor de los regalos!. Y lo que a ti más te gusta cuando llega la Cuaresma, su traslado hasta el altar, desde aquí ese día yo puedo verte llorar. Podrás ver el septenario y la función principal, ese día aquí en el cielo hay una fiesta especial, porque Ella está en el suelo en un gesto de humildad, para que besen sus manos y la puedan contemplar. Tú sabes que yo ese día disfrutaba como nadie, pero ahora aquí en el cielo, puedo verla con tu padre. Podrás ver el besapiés de tu Cristo de los Remedios, y su recorrido a hombros, de quien se siente placeño. Y al llegar el Viernes Santo, todo aquí es alegría y se engalana el balcón para ver la cofradía, y podrás ver el domingo esa misa temprana cantándole a nuestra Virgen, fandangos y sevillanas, ese día aquí se vive la felicidad completa, cuando vemos el gentío que lleva nuestra carreta, y adornamos el balcón de banderas roja y blanca, ¡y nos seguimos sintiendo más que nunca de La Plaza! Y al llegar el mes de julio, la fiesta

de nuestro Patrón, se desborda la alegría y corremos al balcón, para ver esa “velá” y esa noche del Rosario, y esos campanilleros, que nos siguen recordando, y todos nos abrazamos y lloramos de alegría por poder disfrutar con vosotros esos días, no temas más a la muerte, que aquí comienza la vida, y podrás seguir amando, a tu Soledad querida. Ella tiene aquí en el cielo otra Hermandad de La Plaza, con todos aquellos hermanos que fueron placeños de casta, están los mejores pintores, hermanos mayores, carpinteros, costaleros, vestidosores, está el mejor de los saeteros y también campanilleros, como lo son tu padre tus tíos y abuelo, no puede haber Hermandad ¡¡que sea mejor en el cielo!!

Después de oír a mi madre, ya no me importa la muerte ni esa pena me embarga, porque sé que allá en el cielo hay otra Hermandad de La Plaza, y sé que me están esperando para apuntarme de hermana, que me lo ha dicho mi madre ¡y mi madre no me engaña! Y seguiré en la otra vida ¡siendo hermana de La Plaza! Es como mi apellido, algo que llevo en mi piel, mis señas de identidad y seguiré eternamente ¡amando a mi Soledad!

Tengo que darte las gracias Madre mía, por haberme permitido, escribir este pregón con más o menos estilo, pero he puesto el corazón y todos mis cinco sentidos, venciendo mi timidez, mis miedos y perjuicios para decirte en voz alta donde llega mi cariño.

Yo misma estoy sorprendida de que haya sido capaz, de ponerme ante tus pies y leerlo en el altar.

Y es que ¡por ti Madre mía! a todo estaría dispuesta, porque sólo con mirarte, ya tengo mi recompensa.

Ya puedo irme tranquila y llegar al otro mundo,
después de pregonar tu nombre, y repetir con orgullo:
que ser de La Plaza es, un sentimiento profundo,
ser de La Plaza es, mi único vicio en el mundo,
ser de La Plaza es, algo que muere contigo,
algo que llevas muy dentro y has mamado siendo niño,
y aunque te vayas muy lejos te acompaña a todas partes,
y aunque no pueda volver,
nunca podría yo olvidarme que aquí están mis raíces,
y aquí me parió mi madre para que sea de La Plaza
que es para mí ¡lo más grande!

¡Y ame a mi Soledad y la honre más que a nadie!
Y deje de herencia a mis hijos que sean placeños de casta,
y que lleven con orgullo, ¡ser hermano de La Plaza!

Concédeme Madre mía que sea igual que mi madre que hasta sus últimos días, pudo venir a rezarte. Quiero seguir, Madre mía, escribiendo para ti, porque es así Soledad como me siento feliz, expresando en un papel ¡lo que yo siento por ti! Aunque pierda la memoria por alguna enfermedad, escribiré mientras viva ¡a mi Cristo de los Remedios y a mi Virgen de la Soledad!

Sólo una cosa te pido, ¡Madre mía!, ¡una cosa Soledad! que hasta el final de mi vida, Tú me dejes disfrutar, de lo que a mí más me llena ¡¡Las cosas de mi Hermandad!!

Esta Hermandad de La Plaza, que llevo en el corazón
algo que de mi vida, nunca quitaría yo,
no basta con ser de La Plaza, no basta con ser hermano,
hay que arrimar el hombro en todo lo que podamos.

No sólo es defender, los colores rojo y blanco,
hay que sentir la llamada, todos los días del año.
Es lo que la Virgen quiere, que nos sintamos hermanos,
y luchemos todos juntos, enlazando nuestras manos.
No sé qué sería de mi vida, si no tuviera el consuelo,
de amar a mi Soledad ¡¡y a mi Cristo de los Remedios!!

No sé lo que yo haría, sin tener a mi Hermandad,
que es mi mayor alegría, cada día al despertar,
todos somos Hermandad, y todos somos hermanos,
de esta Hermandad de La Plaza, ¡¡por la que todo lo
damos!!

C.R.T.